



# La Santa Sede

---

BENEDICTO XVI

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Plaza de San Pedro*

*Miércoles 6 de junio de 2012*

*Visita pastoral a la Archidiócesis de Milán*

*VII Encuentro Mundial de las Familias*

*Queridos hermanos y hermanas:*

«*La familia, el trabajo y la fiesta*»: este fue el tema del séptimo Encuentro mundial de las familias, que tuvo lugar los días pasados en Milán. Conservo todavía en los ojos y en el corazón las imágenes y las emociones de este acontecimiento inolvidable y maravilloso, que transformó Milán en una ciudad de las familias: núcleos familiares provenientes de todo el mundo, unidos por la alegría de creer en Jesucristo. Estoy profundamente agradecido a Dios que me concedió vivir esta cita «con» las familias y «para» la familia. En cuantos me han escuchado en estos días encontré una sincera disponibilidad para acoger y testimoniar el «Evangelio de la familia». Sí, porque no hay futuro de la humanidad sin la familia; en especial los jóvenes, para aprender los valores que dan sentido a la existencia, necesitan nacer y crecer en esa comunidad de vida y de amor que Dios mismo quiso para el hombre y para la mujer.

El encuentro con las numerosas familias provenientes de diversos continentes me ofreció la feliz ocasión de visitar por primera vez como Sucesor de Pedro la archidiócesis de Milán. Me acogieron muy cordialmente —por lo cual estoy profundamente agradecido— el cardenal Angelo Scola, los presbíteros y todos los fieles, así como el alcalde y las demás autoridades. De este modo pude experimentar de cerca la fe de la población ambrosiana, rica en historia, cultura, humanidad y caridad activa. En la plaza del Duomo, símbolo y corazón de la ciudad, tuvo lugar la primera cita de esta intensa visita pastoral de tres días. No puedo olvidar el abrazo caluroso de la

multitud de milaneses y de los participantes en el VII Encuentro mundial de las familias, que me acompañaron luego durante toda mi visita, con las calles llenas de gente. Una multitud de familias en fiesta, que con sentimientos de profunda participación se unió de forma especial al pensamiento afectuoso y solidario que inmediatamente dirigí a cuantos tienen necesidad de ayuda y consuelo, y están afligidos por varias preocupaciones, especialmente a las familias más afectadas por la crisis económica y a las queridas poblaciones golpeadas por el terremoto. En este primer encuentro con la ciudad quise hablar ante todo al corazón de los fieles ambrosianos, exhortándolos a vivir la fe en su experiencia personal y comunitaria, privada y pública, de modo que favorezca un auténtico «bien-estar», a partir de la familia, que se ha de redescubrir como patrimonio principal de la humanidad. Desde lo alto de la catedral, la estatua de la Virgen con los brazos abiertos de par en par parecía acoger con ternura maternal a todas las familias de Milán y del mundo entero.

Milán me reservó luego un singular y noble saludo en uno de los lugares más sugestivos y significativos de la ciudad, el Teatro en la Scala donde se han escrito páginas importantes de la historia del país, bajo el impulso de grandes valores espirituales e ideales. En este templo de la música, las notas de la novena sinfonía de Ludwig van Beethoven dieron voz a aquella instancia de universalidad y de fraternidad que la Iglesia propone incansablemente anunciando el Evangelio. Precisamente al contraste entre este ideal y los dramas de la historia, y a la exigencia de un Dios cercano, que comparta nuestros sufrimientos, hice referencia al final del concierto, dedicándolo a los numerosos hermanos y hermanas probados por el terremoto. Subrayé que en Jesús de Nazaret Dios se hace cercano y carga junto con nosotros nuestro sufrimiento. Al final de este intenso momento artístico y espiritual, quise hacer referencia a la familia del tercer milenio, recordando que es en la familia donde se experimenta por primera vez que la persona humana no ha sido creada para vivir cerrada en sí misma, sino en relación con los demás; y es en la familia donde se comienza a encender en el corazón la luz de la paz para que ilumine nuestro mundo.

Al día siguiente, en la catedral, abarrotada de sacerdotes, religiosos y religiosas, y seminaristas, con la presencia de muchos cardenales y obispos que habían llegado a Milán desde varios países del mundo, celebré la Hora Tercia según la liturgia ambrosiana. Allí quise reafirmar el valor del celibato y de la virginidad consagrada, tan apreciada por el gran san Ambrosio. Celibato y virginidad en la Iglesia son un signo luminoso del amor a Dios y a los hermanos, que nace de una relación cada vez más íntima con Cristo en la oración, y se expresa en la entrega total de sí mismos.

Un momento lleno de gran entusiasmo fue la cita en el estadio «Meazza», donde experimenté el abrazo de una multitud alegre de muchachos y muchachas que este año han recibido o están por recibir el sacramento de la Confirmación. La esmerada preparación del encuentro, con textos y oraciones significativos, así como coreografías, hizo aún más estimulante la cita. A los muchachos ambrosianos les dirigí una invitación a dar un «sí» libre y consciente al Evangelio de Jesús, acogiendo los dones del Espíritu Santo que permiten formarse como cristianos, vivir el

Evangelio y ser miembros activos de la comunidad. Los alenté a comprometerse, en especial en el estudio y en el servicio generoso al prójimo.

El encuentro con los representantes de las autoridades institucionales, de los empresarios y de los trabajadores, del mundo de la cultura y de la educación de la sociedad milanese y lombarda, me permitió poner de relieve la importancia de que la legislación y la obra de las instituciones estatales estén al servicio y protección de la persona en sus múltiples aspectos, comenzando por el derecho a la vida, cuya supresión deliberada jamás se puede permitir, y por el reconocimiento de la identidad propia de la familia, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer.

Después de esta última cita dedicada a la realidad diocesana y ciudadana, me dirigí a la gran área del Parque Norte, en territorio de Bresso, donde participé en la emotiva Fiesta de los testimonios, con el título: «*One world, family, love*» —«Un mundo, familia, amor»—. Allí tuve la alegría de encontrarme con miles de personas, un arco iris de familias italianas y de todo el mundo, reunidas ya desde tempranas horas de la tarde en un clima de fiesta y de entusiasmo auténticamente familiar. Respondiendo a las preguntas de algunas familias, preguntas que brotaban de su vida y de sus experiencias, quise dar un signo del diálogo abierto que existe entre las familias y la Iglesia, entre el mundo y la Iglesia. Me impresionó mucho el testimonio conmovedor de esposos e hijos de diversos continentes, sobre temas candentes de nuestro tiempo: la crisis económica, la dificultad de conciliar los tiempos de trabajo con los de la familia, el aumento de separaciones y divorcios, así como interrogantes existenciales que atañen a adultos, jóvenes y niños. Aquí quiero recordar lo que reafirmé en defensa del tiempo de la familia, amenazado por una especie de «prepotencia» de los compromisos laborales: el domingo es el día del Señor y del hombre, un día en el cual todos deben poder estar libres, libres para la familia y libres para Dios. Defendiendo el domingo, defendemos la libertad del hombre.

La santa misa del domingo 3 de junio, conclusión del VII Encuentro mundial de las familias, contó con la participación de una inmensa asamblea orante, que llenó completamente el área del aeropuerto de Bresso, convertida casi en una gran catedral al aire libre, también gracias a la reproducción de las estupendas vidrieras policromas de la catedral de Milán que destacaban sobre el palco. Ante esa miríada de fieles, provenientes de diversas naciones, que participaban con devoción en la liturgia muy bien preparada, dirigí un llamamiento a edificar comunidades eclesiales que sean cada vez más una familia, capaces de reflejar la belleza de la Santísima Trinidad y de evangelizar no sólo con la palabra, sino también por irradiación, con la fuerza del amor vivido, porque el amor es la única fuerza que puede transformar el mundo. Además, puse de relieve la importancia de la «tríada» familia, trabajo y fiesta. Son tres dones de Dios, tres dimensiones de nuestra existencia que deben encontrar un equilibrio armónico para construir sociedades con rostro humano.

Siento un profundo agradecimiento por estas magníficas jornadas de Milán. Gracias al cardenal Ennio Antonelli y al Consejo pontificio para la familia, a todas las autoridades, por su presencia y

colaboración en este acontecimiento; gracias también al presidente del Consejo de Ministros de la República italiana por haber participado en la santa misa del domingo. Y renuevo un «gracias» cordial a las diversas instituciones que cooperaron generosamente con la Santa Sede y con la archidiócesis de Milán para la organización del Encuentro, que tuvo un gran éxito pastoral y eclesial, así como un vasto eco en todo el mundo. En efecto, el Encuentro reunió en Milán a más de un millón de personas, que durante varios días invadieron pacíficamente las calles, testimoniando la belleza de la familia, esperanza para la humanidad.

El Encuentro mundial de Milán ha sido así una elocuente «epifanía» de la familia, que se manifestó en la variedad de sus expresiones, pero también en la unicidad de su identidad sustancial: la de una comunión de amor, fundada en el matrimonio y llamada a ser santuario de la vida, pequeña Iglesia, célula de la sociedad. Desde Milán se lanzó a todo el mundo un mensaje de esperanza, fundado en experiencias vividas: es posible y gozoso, aunque sea comprometedor, vivir el amor fiel, «para siempre», abierto a la vida; es posible participar como familias en la misión de la Iglesia y en la construcción de la sociedad. Que, gracias a la ayuda de Dios y a la protección especial de María santísima, Reina de la familia, la experiencia vivida en Milán sea portadora de frutos abundantes en el camino de la Iglesia, y sea auspicio de una atención creciente a la causa de la familia, que es la causa misma del hombre y de la civilización. Gracias.

---

## Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos venidos de España, México, Costa Rica, Venezuela, Perú, Colombia y otros países latinoamericanos. Invito a todos a dar gracias al Señor, que me ha concedido vivir esta inolvidable cita «con» las familias y «para» la familia. Oremos por todos los hogares cristianos, para que en ellos reine siempre el amor y la fidelidad. Muchas gracias.